



allí, protegidos por las barbacanas y los gruesos árboles, el Teatro y el Convento de las Ursulinas, cuartel de los anarco-marxistas.

Al fin alcanzamos los objetivos señalados por el mando. ¡Pena daba ver cómo la bestialidad de las hordas había dejado el soberbio convento! De la grandiosa construcción no quedaban más que las paredes llenas de letreros obscenos, pregonadores de mentalidades infames, increíblemente primitivas. Las amplias naves barrocas, el artístico crucero, la cúpula, la tribuna, las tres capillas, todo deshecho, ultrajado, lleno de escombros y de inmundicias.

Cortando el horizonte, surgía en la ladera el espectro del Seminario, incendiado, con sus paredones negros y calcinados, sobre los que mi fantasía imaginaba la silueta guerrera de su fundador, el obispo medieval D. Bernardo.

Bajo los sauces de la Alameda, la antiquísima iglesia de Nuestra Señora de los Huertos, en tiempos templo catedralicio de un arrabal de mozárabes, mostraba la barbarie de los milicianos en su interior y en la elegante portada, estilo Renacimiento.

Y dominando la parte baja de la ciudad, el imponente hastial catedralicio, donde aún resistían unos cientos de desesperados, con sus robustas torres mordidas por las balas rompedoras; con sus portadas y contrafuertes, todavía protegidos con pilas enormes de sacos terreros; con su bello rosetón del siglo XIII, a través de cuyas rotas filigranas asomaba la fea catadura de la muerte...

Aquel admirable conjunto de torres, mura-las, naves, cúpulas, pilares y bóvedas, que producía en el espectador una severa e imborrable impresión de grandeza, era en la tar-



*Sigüenza, antes de la guerra. Arriba: Entrada a la Catedral. Abajo: Plaza Mayor, con las torres de la Catedral al fondo. (Fotos Marqués Santa María del Villar.)*